

BASADA EN LOS PERSONAJES DE

PAU FREIXAS

CLAUDIO CERDÁN

ENGÁCHATE A LA CONTINUACIÓN LITERARIA DE *SÉ QUIÉN ERES*

LA ÚLTIMA PALABRA
DE JUAN ELÍAS

UN THRILLER SOBERBIO Y MAGISTRAL QUE NO PODRÁS DEJAR DE LEER

VUELVE JUAN ELÍAS Y NADIE LOGRARÁ DETENERLO



La última palabra de Juan Elías

Pau Freixas
y
Claudio Cerdán

1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Pau Freixas y Claudio Cerdán

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-737-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

UN DÍA ANTES

3

4

5

6

7

8

9

TRES DÍAS ANTES

10

11

12

CUATRO DÍAS ANTES

13

14

15

SIETE DÍAS ANTES

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

OCHO MESES ANTES

31

32

33

34

35

VEINTIDÓS AÑOS ANTES

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

1

En los países nórdicos algunos adolescentes se suicidan apoyando el cuello sobre las vías del tren y aguardan acurrucados en su almohada de acero a que el sueño eterno les quite el frío.

El chico que yace sobre los raíles ya no es un adolescente. Viste traje y corbata, quizás en un intento de aparentar más edad de la que tiene, pero en cualquier caso no va al instituto ni a la universidad. Los zapatos están limpios, como si hubiera llegado hasta allí sin tocar el barrial que lo circunda. Si alguien hubiera apostado cómo iba a morir aquella noche, aquella habría sido una de las últimas posibilidades.

El mercancías se retrasa y eso le da unos minutos más de vida. Un pequeño inconveniente para un destino del que no puede librarse.

La vía comienza a temblar. Al fondo se vislumbra un foco. El chico permanece en la misma posición. A poca distancia, una flor silvestre crece entre las piedras de las vías. Es de color amarillo pálido, de aspecto delicado. Las pupilas del joven se centran en ella.

El tren se aproxima a toda velocidad. Cuando está casi a su altura se accionan los frenos. El maquinista lo ha visto, pero ya es demasiado tarde. La sirena tampoco hace reaccionar al chico. No se inmuta. No parece importarle morir.

Escondido en un lateral, a varios metros de distancia, una figura observa con tranquilidad cómo el tren arroya al muchacho.

2

Una ambulancia hace girar sus luces junto a las vías del tren. El lugar se ha convertido en un circo, con curiosos y periodistas intentando sacar la imagen más morbosa posible para decorar las redes sociales antes que nadie. De eso se trata, de llegar el primero, no de contar algo interesante.

El inspector Giralt camina despacio entre los raíles acompañado de una linterna. Ha recibido una llamada de sus superiores para que le dé al caso la mayor urgencia posible. El policía comprende el subtexto: hay que restituir el tráfico ferroviario cuanto antes para que las pérdidas económicas de la compañía se minimicen al máximo. Poco importan el difunto o su familia. La sociedad no se compadece de los suicidas. Pienzan que ellos mismos se lo han buscado, que matarse por su propia mano es más propio de cobardes que de gente cabal. Criminalizar a las víctimas también está de moda.

Giralt solo hace su trabajo, y entre sus competencias no está la de juzgar al fallecido. Entre otros cometidos, tiene que hablar con la familia y tratar de explicarles lo ocurrido. Nunca le gustó esa parte, pero es necesaria. Él mejor que nadie sabe qué es perder a un ser querido por un suicidio imposible de prever. Después de una muerte así solo queda el vacío y la constante pregunta, día tras día, de por qué tuvo que ocurrir. Una cuestión para lo que no existe respuesta, pero tampoco salida.

En este caso es diferente. Conoce a la familia del chico y sabe que están hechos de otra pasta. No le apetece encontrárselos después de lo que ocurrió hace dos años, pero, de nuevo, forma parte de su trabajo. Le harán preguntas, cuestionarán los hechos y tratarán de buscar un culpable. En definitiva, le complicarán la investigación e intentarán resolver esto por sus propios medios. Es inevitable, ya lo tiene asumido.

Giralt observa toda la sangre que hay alrededor. Apunta un par de notas en su libreta. Por lo que saben, el chico estaba tumbado sobre las vías, de espaldas al tren, esperando la muerte. El maquinista hizo avisos sonoros y pulsó los frenos, pero no pudo detener la inercia del mercancías. Giralt intenta ponerse en el lugar de la víctima, pero ni toda su empatía consigue que entienda qué le puede pasar por la cabeza a alguien para acabar de esa forma.

El juez Santos ha llegado hace un rato. Giralt lo ve encenderse un puro y caminar hacia el bulto que yace en el suelo tapado con sábanas térmicas.

—¿Un cigarro, inspector? —dice, pero en realidad no se lo ofrece, ni siquiera lo mira—. Mata los olores. Es lo primero que te enseñan en la carrera judicial.

Giralt nunca ha visto al juez Santos hablar de nada que no sea trabajo. Lo habitual es que estuviera enfadado porque le han avisado de madrugada. A nadie le gusta despertarse por una urgencia, pero el caso lo requiere. Giralt sospecha que la cháchara del juez responde a una única causa: está nervioso. No es para menos dada la trascendencia que tiene la víctima.

—¿La identificación es definitiva? —pregunta Santos.

—Yo mismo lo he reconocido. En cualquier caso, la familia debe estar al llegar.

—Aquí no. Iremos al hospital anatómico y allí esperaremos al forense. Haremos esto según el protocolo. Y amplíe el perímetro de seguridad, que esto parece un plató de televisión con tantas cámaras. Solo falta que aparezca el demonio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una voz tras ellos.

Giralt y Santos se giran a la vez. A unos metros, escoltado por varios agentes, Juan Elías los observa con frialdad.

—Déjenlo pasar —ordena el juez—. Sé quién es.

Los uniformados se hacen a un lado y Elías avanza hacia el cuerpo, muy despacio, casi arrastrando los pies. No parece tener prisa por llegar, por levantar la sábana que cubre el cadáver, por enfrentarse a la verdad. Giralt lo observa. Han transcurrido dos años desde la última vez que se vieron, pero el tiempo apenas ha hecho mella en él. La barba canosa, el traje negro y la camisa desabrochada contrastan con su caminar errático. Giralt tiene la sensación de tener delante al mismo tipo amnésico y desorientado que vagaba por aquella carretera de montaña.

—¿Es él? —pregunta al llegar a su lado.

—Me temo que sí, señor Elías —contesta Giralt.

Juan no se mueve. Giralt sabe que si levanta el telón y mira lo que hay detrás, la pesadilla se hará real. Nadie quiere que su vida cambie a peor por un trauma, se intenta evitar, incluso se miente a uno mismo para esquivar la tortura. Pero Juan Elías no hace nada de eso, sino que

pospone el momento. El punto de no retorno está allí, a sus pies, pero es incapaz de traspasarlo.

—Quizás es mejor que vayamos a una sala con el forense, ¿no le parece, señor Elías? —añade Giralt, adelantándose al juez Santos y a su nulo tacto.

—¿Qué ha ocurrido? —repite Elías.

—Estamos investigándolo —continúa Giralt—. Venga, señor Elías, le acompañaré hasta...

Giralt levanta la cabeza y ve algo que no espera: Alicia Castro abriéndose paso a empujones. Piensa que la fase «furia de la naturaleza» se inventó para casos así, no para terremotos ni inundaciones. Todos los presentes son conscientes de que nada ni nadie podría parar a esa mujer.

—¿Dónde está? —dice Alicia—. ¿Dónde está?

Juan Elías preguntó qué había ocurrido, y Alicia dónde estaba el cuerpo. Dos preguntas distintas, parecidas incluso, pero con matices que diferencian a quien las pronuncia. Giralt da un paso atrás y deja pasar a Alicia. El juez Santos señala con el mentón la sábana térmica del suelo.

Alicia empuja a Juan a un lado. Ni siquiera parece haberlo visto, es solo algo que se interpone entre ella y la verdad. No tiene miedo de mirar al abismo y se lanza a él con urgencia. Al destapar la sábana ahoga un grito. Sus manos tiemblan, tapan su boca, y después acarician el pelo del difunto.

—Pol... —susurra—. ¡Pol!

El tren ha arroyado al chico, destrozando su cuerpo, pero su rostro está intacto. Y allí, en mitad de la noche, una madre llora la pérdida de su hijo.

UN DÍA ANTES

Tras meses de prácticas, por fin había llegado el día en que Pol llevaría un caso solo en el bufete de su padre. Tenía ganas de demostrarles a todos que era un buen abogado y no solo el hijo del jefe. Aquel ambiente, rodeado de juristas, era lo que había mamado desde pequeño y deseaba formar parte de ello. Así que esa mañana se vistió con su mejor traje, planchó él mismo la camisa y se peinó lo mejor que pudo. Puede que los demás no vieran que algo había cambiado en él, pero Pol sí se sentía distinto.

Juan Elías le había prometido un caso sencillo para ir haciéndose con el oficio para, más adelante, ocuparse de temas más importantes. Lo que no esperaba era algo como lo que se encontró en su recién estrenado escritorio.

Pol repasó aquel dossier tres veces, tomando notas, tratando de buscar una defensa plausible para su cliente, pero por más vueltas que le daba no lograba verlo claro. ¿Qué entendía su padre por un «caso sencillo»?

Tras casi dos horas sin avanzar, se dirigió hacia el despacho de Juan Elías. Sabía que sobre esa hora estaba en el interior, mirando correos electrónicos o revisando la contabilidad. Su padre era muy mecánico en sus rutinas.

—¿Papá, puedo hablar contigo? —dijo al asomarse tras la puerta.

Juan Elías le hizo un gesto sin mirarlo. Continuaba con la vista puesta sobre la pantalla del ordenador mientras giraba el dedo índice haciendo tirabuzones en el aire.

—Vuelve a entrar.

—¿Para qué?

—Tienes que hacer las cosas bien. —Seguía sin mirarle—. Aquí no soy «papá», sino «señor Elías».

—Estás de coña, papá.

Por fin levantó la cabeza y miró a su hijo. Estaba serio, casi tenso.

—Aquí todos me llaman «señor Elías» —explicó—. No puedo hacer distinciones, pero si lo prefieres, puedes decir «Presidente».

—¿Presidente?

—Lo usan algunos para hacerme la pelota, pero es tu decisión. Ahora, sal y vuelve a intentarlo.

Pol resopló. La carpeta que tenía bajo el brazo era abultada y los papeles amenazaban con escapar en todas direcciones. Cansado, cerró la puerta, llamó diligentemente y abrió de nuevo.

—¿Señor Elías?

—Adelante —contestó Juan.

Pol se acercó con la mano extendida.

—Creo que no nos han presentado. Me llamo Pol Elías, soy el chico nuevo.

—Sí, me suena tu cara.

—Quizá conozca a mi padre. Es un gilipollas.

—Eso he oído —respondió Juan, igual de serio—. ¿Qué necesitas?

—Déjate de rollos, papá. —Pol dejó la carpeta sobre el escritorio—. Me dijiste que me darías un caso sencillo para empezar, pero esto...

—Es muy fácil.

—Deja que te lea, que quizá ni sepas de qué va. «El detenido bajó de su vehículo con claros síntomas de embriaguez y se lanzó contra uno de los guardias civiles que le dieron alto al grito de “a mí no me apuntas con una espada láser”, en referencia a la linterna con cono que usaba el susodicho agente.» Espada láser, papá. ¿En serio tengo que decir eso en voz alta en un juicio?

—Los alcohólicos siempre sueltan tonterías, es habitual.

—Pero es que la cosa no queda ahí. Cuando declaró ante la jueza Muñoz, se enfadó tanto que le lanzó la silla a la cabeza.

—Lo sé. Desde entonces está anclada al suelo.

—Vamos, papá. Esto es una chaladura.

Juan Elías se inclinó hacia delante, dejando claro que hablaba en serio.

—No solo es un caso fácil, sino que Dmitry, el padre de este pobre chico, es uno de nuestros mejores clientes.

—He mirado su informe laboral. No ha trabajado en cinco años, pero conducía un BMW de 130.000 euros. Papá, este tío es un mafioso.

—No soy quién para preguntarles a mis clientes cómo se ganan la vida. Solo me importa que paguen bien y rápido. Y Dmitry está muy preocupado por su hijo y quiere sacarlo cuanto antes de la cárcel.

—¿Y cómo defiendo lo de la espada láser sin que se ría el jurado?

—Di la verdad: que estaba borracho. Es ruso y no conoce bien nuestro idioma. Tal vez quiso decir otra cosa y entendieron eso.

—Le lanzó una silla a la cabeza a la jueza Muñoz.

—Alega locura transitoria. —Juan se echó para atrás en su sillón y abrió los brazos—. No tengo todas las respuestas, Pol. Está claro que no vas a conseguir que salga en libertad mañana, pero tienes que buscar la forma de lograr atenuantes que convenzan al juez para que le imponga una fianza.

—Entonces, si no se puede ganar este caso, ¿por qué me lo das?

—Porque sé que lo harás bien. Dmitry está de acuerdo en que su hijo pase unas semanas en prisión hasta que se le bajen los humos. Es el heredero de su negocio, pero antes de darle carta blanca necesita verlo centrado.

—¿Hablas del ruso o de nosotros?

Juan sonríe bajo la barba. Es casi imperceptible, pero Pol lo conoce demasiado bien y sabe reconocer el gesto.

—Lo hará bien, letrado —dijo Elías—. Póngase manos a la obra.

—No sé qué haría sin tu ayuda, papá —ironizó Pol.

—Sabes que mi puerta siempre estará abierta para lo que necesites —contestó mientras regresaba a la pantalla del ordenador—. Cierra al salir.

Pol lanzó un estufido de frustración y se levantó con la carpeta de nuevo en brazos. Al llegar al pasillo se cruzó con Marta Hess, que lo observaba divertida. No le gustaban los ojos de esa mujer, parecía que lo desnudaran con la mirada. Le daba miedo de que así fuera.

—¿Has hablado con tu padre?

—Sí, por el caso este de Dmitry...

—Lo recuerdo. Espadas láser y sillas voladoras. Muy académico.

—Ya te digo.

Hess se rio entre dientes, como una serpiente siseando a su víctima.

—Es tu primer trabajo, ¿verdad? —No le dejó contestar—. Hay una cosa que se llaman novatadas, y creo que tu padre te la está jugando.

—No. —Pol negó con la cabeza, convencido—. Mi padre me ha explicado que es muy importante para el bufete.

—¿Te ha dicho que su puerta siempre estará abierta pero que cierras al salir?

Pol permaneció unos segundos estupefacto.

—¿Cómo lo sabes?

Hess se giró sin mirarlo y se marchó por el pasillo.

—Novato...

Pol se quedó unos instantes en silencio, en el pasillo. Vio el rostro divertido de las secretarias, las miradas cómplices de los otros abogados, y entonces comprendió. Más humillado que enfadado, regresó sobre sus pies y abrió de golpe la puerta de Juan Elías.

—No me jodas, papá —dijo—. ¿Me estás puteando?

Pero no obtuvo respuesta porque Juan Elías llevaba riéndose a carcajadas desde que su hijo salió del despacho.

3

En el hospital les han reservado una pequeña sala de espera junto a un quirófano para que estén tranquilos. Juan Elías no necesita silencio para evadirse. Lleva un rato en otro lugar, muy dentro de sí mismo, y no tiene prisa por salir.

No solo siente que ha muerto Pol, sino una parte de sí mismo que adoraba. Su hijo lo tenía en un pedestal, habría hecho cualquier cosa por él. En sus ojos no era el enemigo público número uno que mucha gente aún recordaba, sino un padre capaz de hacer lo que fuera necesario por su familia. Pol era su apoyo con la realidad, el freno que evitaba que cometiese más locuras, que le animaba a ser mejor persona, que le robaba sonrisas con más facilidad que nadie. Y, ahora que trata de hacerse a la idea de que nunca lo volverá a ver, se da cuenta de que también era un pilar fundamental de su vida, un eje sobre el que girar, la constatación de que todo en su vida no fue un error porque lo tuvo a él, a Pol, a su hijo.

A su lado, Alicia llora. Juan sabe que su desgarró es mayor, distinto al suyo, y sin duda incomparable. Llevan casi dos años separados, viéndose de vez en cuando por asuntos familiares, pero nada más. La experiencia del pasado, con la desaparición de Ana Saura, los cambió para siempre. Fueron días muy intensos, de mucho dolor, donde su vida corrió peligro y estuvo a punto de destruir a su familia.

Lo que consiguieron evitar entonces les ha sobrevenido ahora.

Giralt entra en la sala de espera con dos cafés. Ellos no han podido ir a la máquina del pasillo porque los periodistas ya se agolpan en la puerta. Un enfermero les hizo una foto con el móvil al entrar y es probable que ya esté circulando por las redes. Su fama es una maldición. Juan se pregunta si algún día volverá a salir en los periódicos por algo positivo, por algún logro que haya hecho, por algo que le agradezcan.

—Gracias —dice cuando Giralt le pasa el vaso de plástico.

—No hay de qué —contesta el inspector, dándole el segundo café a Alicia—. Sé que son momentos duros, pero necesito que me contesten a unas preguntas.

—No hay nada que decir —responde Alicia—. Pol ha muerto.